

SECCION TERCERA.

SIGLO DE PERICLES *.

Pericles conoció muy desde el principio, que su nacimiento y riquezas le daban ciertos derechos, y le hacían sospechoso. Otro motivo aumentaba sus temores. Los ancianos que habian conocido á Pisistrato, creían verle en el joven Pericles. Tenia el mismo metal de voz, el mismo talento de la palabra, y la misma fisonomia. Era preciso hacer que se disimulase esta semejanza, y las ventajas que la acompañaban. Pericles dedicó sus primeros años al estudio de la filosofía, sin mezclarse en los negocios públicos, y sin que se echase de ver que aspiraba á otra distincion que á la del valor.

Despues de la muerte de Aristides, y del destierro de Temistocles, tomó Cimon las riendas del gobierno; pero ocupado continuamente en expediciones lejanas, dejaba fluctuar la confianza de los Atenienses entre muchos concurrentes incapaces de fijarla. Entonces se vió á Pericles retirarse de la sociedad, renunciar los

* Desde el año 444 hasta el de 404 antes de J. C.

placeres, atraerse la atencion de la multitud con un andar pausado, unos modales decentes, un exterior modesto, y costumbres irreprehensibles. Se dejó en fin ver en la tribuna, y sus primeros ensayos admiraron á los Atenienses. Debía á la naturaleza el ser el mas elocuente de los hombres; y á la aplicacion el ser el primer orador de la Grecia.

Los maestros célebres que le habian enseñado en la infancia: continuando en ilustrarle con sus consejos, subian con él á los principios de la moral y de la política: su genio se hacia propios sus conocimientos, y de aquí nacian aquella profundidad, aquella plenitud de luces, aquella fuerza de estilo, que él sabia moderar cuando era necesario, aquellas gracias que no despreciaba; pero que tampoco afectaba jamas, y otras muchas calidades, que le pusieron en estado de persuadir á los que no podia convencer, y de atraer á los que no podia ni convencer ni persuadir.

Se hallaba en sus discursos una magestad formidable, bajo la cual quedaban los espíritus abrumados: este era el fruto de sus conversaciones con el filósofo Anaxágoras, el cual, explicándole el principio de los seres, y los fenómenos de la naturaleza, como que habia agrandado su alma naturalmente elevada.

No era menos notable la destreza con que

apuraba á sus contrarios, y hurtaba el cuerpo á sus asaltos. Esta la debia al filósofo Zenon de Elea, quien mas de una vez le habia conducido por los laberintos de una dialéctica capciosa, para enseñarle sus salidas secretas. Así es, que uno de los mayores antagonistas de Pericles, decia comunmente: « cuando le he derribado, y le tengo debajo, exclama que no está vencido, y lo persuade á todos. »

Conocia Pericles muy bien su nacion, para no fundar sus esperanzas en el talento de la palabra y la excelencia de este talento, para no ser el primero á respetarle. Antes de hablar en público, se advertia á sí mismo en secreto, que iba á hablar á hombres libres, á Griegos, á Atenienses.

Sin embargo, se apartaba cuanto podia de la tribuna, porque siempre ardiente en seguir con lentitud el proyecto de su elevacion, temia borrar con nuevos sucesos la impresion de los primeros, y de hacer subir muy pronto la admiracion del pueblo á aquel punto, de donde ya no puede sino bajar; y así se creyó, que un orador que despreciaba los aplausos que tenia por seguros, merecia la confianza que no buscaba; y que debian ser bien importantes los asuntos que tomaba á su cargo, pues le obligaban á romper el silencio.

Se formó una idea grande del poder que tenia

sobre su alma, cuando un dia, en que se alargó hasta la noche la asamblea, se vió á un simple particular interrumpirle y ultrajarle sin cesar, seguirle hasta su casa diciéndole injurias, y á Pericles mandar friamente á uno de sus esclavos, que tomase una hacha de viento, y volviere con él hasta su casa.

Ultimamente, cuando se vió en todo que manifestaba, no solo talento, sino tambien una virtud propia de las circunstancias; en lo interior la modestia y la frugalidad de los tiempos antiguos: en los empleos de la administracion un desinteres y una probidad inalterables: en el mando de los ejércitos atencion á no exponer nada á la casualidad, y á aventurar mas bien su reputacion, que la salud del Estado: se pensó que una alma que sabia despreciar los elogios y el insulto, las riquezas, las superfluidades, y aun la gloria misma, debia tener hacia el bien público aquel calor devorante, que ahoga todas las demas pasiones, ó que á lo menos las reúne en una sola.

Esta ilusion fué la causa principal de la elevacion de Pericles, y él supo mantenerla cerca de cuarenta años, en una nacion ilustrada, celosa de su autoridad, y que se cansaba tan fácilmente de su admiracion como de su obediencia.

Obtuvo una parte sola de su favor, antes de

lograrle por entero. Cimón estaba al frente de los nobles y ricos: Pericles se declaró por la multitud que despreciaba, y que le dió un partido considerable. Cimón había adquirido por medios legítimos en sus expediciones una riqueza inmensa, que empleaba en hermosear la ciudad, y en socorrer á los infelices. Pericles, por la fuerza de su ascendiente, dispuso del tesoro público de los Atenieses, y del de sus aliados: llenó á Atenas de obras maestras de las artes; señaló pensiones á los ciudadanos pobres, les distribuyó una parte de las tierras conquistadas, multiplicó las fiestas, concedió un derecho de presencia á los jueces, y á los que asistiesen á los espectáculos y á la asamblea general. No viendo el pueblo mas que la mano que daba, cerraba los ojos para no ver la fuente de donde esta se surtía. Se unia cada vez mas con Pericles, quien para estrechársele mas fuertemente, le hacia cómplice de sus injusticias, y se servía de él para dar aquellos grandes golpes, que aumentan el crédito al mismo tiempo que le manifiestan. El hizo desterrar á Cimón, falsamente acusado de comunicaciones sospechosas con los Lacedemonios; y con frivolos pretextos destruyó la autoridad del areopago, que se oponía vigorosamente á la libertad de costumbres, y á las innovaciones. Después de la muerte de Cimón, Tucídides,

su cuñado, trató de reanimar el partido vacilante de los principales ciudadanos. No tenía los talentos militares de Pericles; pero tan diestro como él para manejar los ánimos, sostuvo por algun tiempo el equilibrio, y acabó con experimentar los rigores del ostracismo ó del destierro.

Desde este momento mudó Pericles de sistema. Había subyugado el partido de los ricos lisonjeando á la muchedumbre; después sujetó á esta reprimiendo sus caprichos, ya con una oposición invencible, ya con la sabiduría de sus consejos, ó con los encantos de su elocuencia. Todo se hacia como él quería, y todo en la apariencia se hacia siguiendo las reglas establecidas; y la libertad confiada en que se mantenían las formalidades republicanas iba espirando, sin advertirlo, bajo el peso del genio.

Cuanto mas se aumentaba el poder de Pericles, tanto menos prodigaba su crédito y su presencia. Encerrado en un pequeño círculo de parientes y amigos, velaba desde el fondo de su retiro, sobre todas las partes del gobierno, mientras que no se le creía ocupado mas que en pacificar ó trastornar la Grecia. Los Atenieses, dóciles al movimiento que los arrastraba, respetaban á su autor, porque rara vez le veían solicitar sus votos; y extremados en

sus expresiones tanto como en sus sentimientos, no representaban á Pericles, sino con los rasgos del mas poderoso de los dioses. ¿ Hacia oír su voz en las ocasiones necesarias ? Se decía que Júpiter le habia confiado los relámpagos y el rayo. ¿ Obraba en las demas circunstancias por medio de sus criaturas ? Se traía á la memoria, que el Soberano de los cielos confiaba á los genios subalternos las menudencias del gobierno del universo.

Pericles extendió con victorias brillantes los dominios de la república; pero cuando vió elevada á cierta altura la potencia de los Atenienses, creyó que seria una deshonra permitir que se debilitase, y una desgracia el procurar su aumento. Esta mira dirigió todas sus operaciones; y el triunfo de su política fué haber retenido tanto tiempo en inaccion á los Atenienses, á los aliados en dependencia, y á los Lacedemonios en respeto.

Penetrados los Atenienses del conocimiento de sus fuerzas, de aquel conocimiento que en las clases elevadas produce la altanería y orgullo, y en la muchedumbre insolencia y ferocidad, ya no se ciñeron á dominar la Grecia: meditaban la conquista de Egipto, de Cartago, de Sicilia y de Etruria. Pericles les dejaba exhalar estos vastos proyectos, y estaba mas atento á los pasos de los aliados de Atenas.

La república rompía sucesivamente los lazos de la igualdad, que habian formado su confederacion: recargaba sobre ellos un yugo mas humillante que el de los bárbaros, porque en efecto, es mas facil acostumbrarse á la violencia que á la injusticia. Entre otras causas de queja, los aliados hacian cargo á los Atenienses de haber empleado en adornar la ciudad las sumas de dinero que daban todos los años para hacer la guerra á los Persas. Pericles respondió, que las armadas de la república ponian á sus aliados á cubierto de los insultos de los bárbaros, y que no tenia otra obligacion que cumplir. La Eubea, Samos y Bizancio se sublevaron con esta respuesta; pero luego despues la Eubea volvió á la obediencia de los Atenienses: Bizancio les trajo el tributo ordinario, y Samos, despues de una resistencia vigorosa, los indemnizó de los gastos de la guerra, entregó sus bajeles, demolió sus muros, y dió rehenes.

La liga del Peloponeso vió en este ejemplo de vigor una nueva prueba del despotismo de Atenas sobre sus aliados, y lo que harian algun dia experimentar á sus enemigos. Alarmada tiempo habia de sus rápidos progresos, poco segura de los tratados que habia hecho con ellos, y se habian confirmado con una tregua de treinta años*;

* El año 445 antes de J. C.

hubiera detenido mas de una vez el curso de sus victorias, si hubiera podido vencer la extrema repugnancia de los Lacedemonios á toda especie de guerra.

Tal era la disposicion de los ánimos entre todas las naciones de la Grecia. Pericles era odioso á los unos, y temible á todos. Su reinado, porque este es el nombre que se puede dar á su administracion, no habia padecido alteracion por los gritos de la envidia, y aun menos por las sátiras ó chanzas que se permitian contra él en el teatro, ó en las tertulias. Pero á esta especie de venganza, que consuena al pueblo en su debilidad, sucedieron al fin murmuraciones sordas, mezcladas de una inquietud sombría, que presagiaban una próxima revolucion. No atreviéndose sus enemigos á atacarle directamente, ensayaron sus armas en los que habian merecido su proteccion ó su amistad.

Fidias, encargado de la direccion de los soberbios monumentos que hermosean á Atenas, fué denunciado de haber sustraído una parte del oro con que debia adornar la estafua de Minerva: se justificó de semejante cargo; pero no por eso dejó de morir en una prision. Anaxágoras, acaso el mas religioso de los filósofos, fué acusado ante la justicia de crimen de impiedad, y obligado á huir. La esposa, la tierna amiga de Pericles, la célebre Aspasia, acusada

de haber ultrajado la religion con sus discursos, y las costumbres con su conducta, defendió por sí misma su causa, y apenas bastaron las lágrimas de su esposo á libertarla de la severidad de los jueces.

Estos ataques no eran mas que el preludio de los que hubiera sufrido, cuando un suceso imprevisto reanimó sus esperanzas, y aseguró su autoridad.

GUERRA DEL PELOPONESO.

Corcira tenia guerra años habia con Corinto, de donde traía su origen. Segun el derecho público de la Grecia, una potencia extranjerana no podia mezclarse en las desavenencias que se suscitaban entre una metrópoli y su colonia. Pero era muy interesante á los Atenienses atraerse un pueblo, cuya marina estaba floreciente, y que por su situacion podia favorecer el paso de sus flotas á Sicilia é Italia. Le recibieron en su alianza, y le enviaron socorros; y los Corintios publicaron que los Atenienses habian quebrantado la tregua.

Potidea, otra colonia de los Corintios, habia abrazado el partido de los Atenienses. Desconfiados estos últimos de su fidelidad, no solamente pidieron rehenes, sino tambien que